

ventajosa posible sacrificando la España. Desmayaban unos, volvian otros los ojos al Austria, y otros pensaban en el de Orleans para el caso en que Felipe se viese obligado á abdicar la corona. Que el de Orleans abrigaba estas aspiraciones cosa fué que llegó él mismo á confesar á su tío en esplicaciones que entre los dos mediaron, y que á Luis no pareció pesarle, ó por lo menos lo tomó como un medio y una solucion mas para sus combinaciones. La princesa de los Ursinos, nunca amiga del de Orleans, era la que vigilaba activamente su conducta y la de sus agentes en España, y con su acostumbrada habilidad hizo que se descubriera en el equipaje de uno de ellos una parte de la correspondencia entre el duque y el general inglés Stanhope, su antiguo compañero en galanteos. Con tal motivo reiteró Felipe V. sus quejas á su abuelo, y le rogó con instancia que no permitiese al duque de Orleans volver á tomar en ningun tiempo el mando del ejército de España, porque seria la señal de la explosion, y acaso de la ruina del trono. Conoció entonces Luis XIV. los peligros de su condescendencia con los proyectos del sobrino, y temiendo los resultados de su insistencia se constituyó como en mediador entre el sobrino y el nieto, y ofreció á Felipe obrar en el sentido que él deseaba ⁽¹⁾.

(1) San Simon, Memorias, tomo V. *Historia de los proyectos del duque de Orleans sobre España*.—Belando, Hist. Civil, tom, I. c. 74.

Entretantó el rey don Felipe habia dado otra prueba de su resolucion de no abandonar nunca la España, convocando Córtes de castellanos y aragoneses para el reconocimiento de su hijo el infante don Luis como príncipe de Asturias y heredero del trono de Castilla; fué en efecto reconocido y jurado el príncipe con universal beneplácito y con toda la solemnidad y ceremonias de costumbre en las Córtes á este fin congregadas en la iglesia de San Gerónimo del Prado de Madrid (7 de abril, 1709). Mas por si alguno dudaba todavía de la firmísima resolucion del rey don Felipe en esta materia, escribió otra vez á su abuelo la siguiente carta (17 de abril), notable por la vigorosa energía con que de nuevo se afirmaba en la decision que siempre habia manifestado.

«Tiempo hace que estoy resuelto, y nada hay en el mundo que pueda hacerme variar. Ya que Dios »ciñó mis sienes con la corona de España, la conser- »varé y defenderé mientras me quede en las venas una »gota de sangre: es un deber que me imponen mi conciencia, mi honor, y el amor que á mis súbditos profesó. Cierto estoy de que no me abandonará mi pueblo, suceda lo que quiera, y que si al frente de él es- »pongo mi vida, como tengo resuelto antes que abandonarlo, mis súbditos derramarán tambien de buen »grado su sangre por no perderme. Si fuera yo capaz »de abandonar mi reino ó cederle por cobardía, estoy »cierto de que os avergonzaríais de ser mi abuelo. Ar-

»do en deseos de merecer solo por mis obras, como
 »por la sangre lo soy: así es que jamás consentiré en
 »un tratado indigno de mí... Con la vida tan solo me
 »separaré de España; y sin comparacion quiero mas
 »perecer disputando el terreno palmo á palmo que em-
 »pañar el lustre de nuestra casa, que nunca deshon-
 »raré si puedo; con el consuelo de que trabajando pa-
 »ra bien de mis intereses, trabajaré al mismo tiempo
 »en obsequio de los vuestros y de los de Francia, para
 »quien es una necesidad la conservacion de la corona
 »de España (1).»

No con menos entereza se condujo con el pontifi-
 ce. Aunque afecto Clemente XI. á la causa y dinastía
 de los Borbones, habiase visto obligado á someterse
 al ajuste impuesto por los alemanes, como indicamos
 poco há. Pero respecto al reconocimiento del archi-
 duque, imaginó que podia salir del embarazo adoptan-
 do un término medio, ó mejor diríamos ambiguo, re-
 conociéndole solamente como *rey Católico*, no espresan-
 do *de España*. Sucedióle con esto que no satisfizo
 á los austriacos, y disgustó de tal modo al rey don
 Felipe, que dándose por muy ofendido mandó salir
 de España al nuncio de S. S., cerró el tribunal de la
 nunciatura, prohibió todo comercio con la córte ro-
 mana, cortó toda comunicacion con la Santa Sede, si-
 no en las cosas que pertenecieran exclusivamente á

(1) Memorias de Noailles, tom. IV.

la jurisdiccion y potestad espiritual, y tomó otras se-
 mejantes medidas, que fueron principios de largas y
 ruidosas disidencias entre la córte de España y la si-
 lla pontificia, que duraron largos años, y de las cua-
 les habremos de tratar separadamente (4).

Mas todos estos arranques de firmeza de parte del
 rey no impedian que, escitado el espíritu indepen-
 diente de los españoles contra todo lo que fuera some-
 terlos á la intervencion de agentes estrangeros, cre-
 ciera en ellos el disgusto y se aumentáran las quejas
 contra la Francia, contra Amelot, y aun contra la
 princesa de los Ursinos, á quienes suponian autores
 de las calamidades que afligian al reino. Este descon-
 tento y esta oposicion, que se manifestaba en el seno
 del gabinete, irritó al embajador francés en términos
 que perdiendo su habitual comedimiento y su carác-
 ter naturalmente conciliador, comenzó á tomar me-
 didas severas contra los magnates desafectos á Fran-
 cia, y consiguió que fuesen separados del consejo
 Montellano y otros que se hallaban en igual caso, lo
 cual no hizo sino aumentar la popularidad de los se-
 parados. Hubo entre los grandes quien, como el de
 Medinaceli, propuso unirse con los aliados contra los
 franceses, que con tratos y proyectos ofensivos á la
 lealtad española parecian querer arrebatár á la nacion

(4) San Felipe, Comentarios. Memorias de Tessé.—Id. de Maca-
 —Belando, Historia Civil, P. 1. naz, cap. 147 y 158.
 cap. 71.—Noailles, Memorias.—

un rey que amaba y veneraba, y con quien había indenticado sus intereses y sentimientos. Y estas ideas se difundían por el ejército, cundían hasta el soldado, y llegó á tanto la animadversión con que miraban las tropas españolas á las francesas y la prevención del pueblo contra los de aquella nación, que hubo motivos para temer que el populacho de Madrid inmolara un día los franceses residentes en la corte ⁽¹⁾. Y como cualquiera que fuese la combinación que produjeran las negociaciones que andaban pendientes, los españoles calculaban que había de producir, en unos ú otros términos, la desmembración de la monarquía, que era lo que ofendía más el nacional orgullo, no veían otra áncora de salvación que sostener á Felipe, á quien hallaban siempre dispuesto á morir en España y por España.

Valióse mañosamente de esta disposición de los ánimos la princesa de los Ursinos, y si bien hasta entonces había apoyado todas las medidas propuestas por el embajador francés, en esta ocasión no tuvo reparo en sacrificar á Amelot, y mostrándose indignada al saber las proposiciones humillantes hechas á Luis XIV. por los confederados, y haciendo recaer sobre el embajador el peso y la responsabilidad de las medidas impopulares, pidió su destitución, empleando también para su objeto todo el influjo que con

(1) San Felipe, Comentarios, tom. II.

la reina tenía. Y como los consejos de la reina y de la camarera estuviesen en este punto de acuerdo con los sentimientos del rey, convocó Felipe á los ministros y á los principales grandes del reino, y exponiendo ante aquella asamblea la inquietud que le causaba la conducta de la corte de Versalles, y el rumor que corría de que iba á abandonarle la Francia, les repitió su firme resolución de morir antes que renunciar la corona ni dejar á España, les declaró que estaba decidido á guiarse por los que tantas pruebas le habían dado de adhesión y cariño, y concluyó pidiéndoles consejo y apoyo.

Honda sensación y maravilloso efecto produjo este discurso del rey en aquella asamblea. Véanse en ella muestras generales de aprobación y signos inequívocos de afecto. El cardenal Portocarrero, que á pesar de su avanzada edad y de sus achaques había venido á formar parte de aquella respetable reunión, contestó á nombre de todos en un lenguaje lleno de patriotismo y de dignidad, diciendo que el honor, la lealtad y el deber, todo imponía á los españoles la obligación de defender á su soberano y de sacrificarse por sostenerle en el trono, y que sería mengua y baldon para España consentir que Inglaterra y Holanda desmembrasen la monarquía; y que si Francia no podía en lo sucesivo ayudar á los españoles, ellos solos sabrían defender su independencia y conservar la corona á su monarca, porque no habría español que

no corriera gustoso á empuñar las armas para el sosten y defensa de tan sagrados objetos. La asamblea prorumpió en entusiastas demostraciones de adhesion y de aplauso, y el anciano prelado borró con este último acto de su larga carrera política las manchas y lunares con que en mas de una ocasion la habia empañado. Concluyó la asamblea rogando al rey que estableciera un gobierno puramente español, escluyendo de él á los franceses, y Felipe accedió á lo que ya de antemano habia pensado aceptar. No paró en esto la habilidad de la princesa de los Ursinos, sino en conseguir despues, por medio de la reina su protectora, no ser incluida en la resolucion general, y aún ella misma fué la primera que anunció á Amelot la nueva de su destitucion.

El embajador francés fué reemplazado por Blecourt que habia sido antes ministro en España. El duque de Medinaceli fué nombrado ministro de Estado; dióse el ministerio de la Guerra al marqués de Bedmar; los demas ministros y secretarios permanecieron en sus puestos por ser españoles. Para las conferencias de la paz que se celebraban en la Haya se nombró plenipotenciarios al duque de Alba y al conde de Bergueick. Las instrucciones que se le dieron no podian ser ni mas terminantes ni mas dignas. «Decidido está el rey, decian, á no ceder parte alguna de España, de las Indias, ó del ducado de Milan; y conforme á esta resolucion protesta contra la desmembracion del Milanesa-

do, hecha por el emperador á favor del duque de Saboya, á quien se podrá indemnizar con la isla de Cerdeña. En este último caso, y á fin de conseguir la paz, consiente S. M. en ceder Nápoles al archiduque, y la Jamaica á los ingleses, con la condicion de que cederán estos á Mallorca y Menorca.» Si á pesar de estas concesiones no se podia lograr la paz, se encargaba á los plenipotenciarios tratáran de decidir al rey de Francia á que cediera alguna de sus conquistas, y procurára el restablecimiento de los electores de Baviera y Colonia, dejando al primero el gobierno de los Países Bajos hasta que volvieran estos Estados á la corona de Castilla ⁽¹⁾.

Muy distantes estaban los aliados de acceder, no solo á las proposiciones del monarca español, pero ni á las que el francés les presentó por medio de su ministro de Estado el marqués de Torcy. Antes bien lo que los representantes de los confederados establecieron como preliminares para la paz en lo relativo á la sucesion española, fué el reconocimiento del archiduque Carlos como soberano de toda esta monarquía, de modo que ningun príncipe de la dinastía de Borbon pudiera reinar jamás en parte alguna de ella, con cuya condicion suspenderian las hostilidades por dos meses; y si en este plazo no se hubiese realizado, ó se negase Felipe á consentir en ella, el rey de Francia se

(1) Noailles, tom. IV.

obligaria, no solo á retirar sus tropas de España, sino á unirse con los aliados para arrancar á Felipe este consentimiento ⁽¹⁾. Fijáronse además otras condiciones respecto al Imperio, á Holanda y á Inglaterra. Al leer tan ignominiosas y altivas proposiciones sublevóse el espíritu del anciano monarca francés, y pareciendo revivir en él su antiguo aliento declaró solemnemente, que en la dura y cruel alternativa en que se le ponía de pelear contra sus propios hijos ó luchar contra extraños, no podía haber para él duda ni vacilacion; y apelando al valor y á la lealtad de su pueblo contra el orgullo y la insolencia de sus enemigos; «Es repugnante, decía, á los ojos de la humanidad, el hecho solo de suponer que podrán todas las fuerzas humanas hacerme consentir en cláusula tan monstruosa. Aunque no sea menos vivo el amor que me inspiran mis pueblos que el que profeso á mis propios hijos; aunque tenga que sufrir todos los males que la guerra ocasione á súbditos tan fieles; aunque yo haya mostrado á toda Europa mis deseos de darles la paz, cierto estoy de que ellos mismos se negarian á recibir esta paz con condiciones tan contrarias á la justicia y al lustre del nombre francés.»

Y Felipe V. decía á su vez á los españoles: «No contentos los aliados con hacer alarde de sus exigen-

(1) Artículos 4 y 37 de los preliminares.—Macanáz, Memorias, cap. 155.

cias desmedidas, se atrevieron á poner como artículo fundamental que el rey mi abuelo hubiera de reunir sus fuerzas á las de ellos á fin de obligarme por fuerza á salir de España, si en el término de dos meses no lo verificaba yo voluntariamente; exigencia escandalosa y temeraria, y sin embargo la única en que mostraron hasta cierto punto que conocian y estimaban mi constancia, toda vez que ni con el auxilio de tan vasto poder se prometian un triunfo seguro.» Y añadía: «Si tales son mis pecados que hayan de privarnos del amparo divino, por lo menos lucharé al lado de mis amados españoles hasta derramar la última gota de mi sangre, con que quiero dejar teñido este suelo de España tan querido para mí. Feliz si calmándose la cólera del cielo con el sacrificio de mi vida, los príncipes mis hijos, nacidos en los brazos de mis fieles súbditos, se sientan un día en el trono en medio de la paz y pública felicidad, y si al exhalar el último suspiro puedo envanecerme de haber embotado los filos de la fortuna contraria, de modo que mis hijos, con quienes ha querido Dios consolidar mi monarquía, logren por último coger los sazonados frutos de la paz....»

Los manifiestos de ambos monarcas produjeron igual efecto en cada uno de sus pueblos. La juventud española se apresuró á alistarse y á tomar las armas: la nobleza hizo cuantiosos donativos, ya en plata labrada, ya en dinero: los obispos, las iglesias catedra-

les, el clero en general ofreció sus tesoros, y ayudó con sus exhortaciones á combatir á un príncipe sostenido por hereges y protestantes. Por primera vez en este reinado se confió el mando del ejército á un español, el conde de Aguilar, conocido y acreditado entre sus compatriotas por su valor y experiencia militar. Mas como quiera que todos estos esfuerzos no se consideráran suficientes para resistir la España sola al choque que la amenazaba, á instancias y ruegos de la reina, que se hallaba próxima á ser otra vez madre, accedió Luis XIV., no obstante la penuria y los apuros de su propio reino, á dejar en España treinta y cinco batallones franceses solo por el tiempo que necesitara Felipe para reunir y organizar un ejército nacional, y haciéndole entender que si España no hacía un esfuerzo extraordinario para defenderse á sí misma contra los aliados, no le sería posible conservar en el trono á su familia. Por fortuna no fué ahora en España, sino en otras partes, como veremos luego, donde las potencias confederadas hicieron caer el peso principal de la guerra.

Con no menos ardor y decision respondió la Francia á la voz y al llamamiento de su venerable soberano. Lo extraordinario de los esfuerzos correspondió á las necesidades y á los apuros en que el reino se hallaba. Luis envió su vajilla á la casa de moneda; los príncipes y la mayor parte de las personas ó pudientes ó acomodadas hicieron lo mismo; el pueblo se prestó

á todo. Las conferencias de la Haya terminaron como era de esperar, sin resultado, y la Francia, puso todavía en pié cinco ejércitos para esta campaña. Se pensó que los mandáran los príncipes, pero se renunció á esta idea por los grandes gastos que su presencia ocasionaba y exigía; y así se dió el mando de el de Flandes al mariscal de Villars, al de Harcourt el del que habia de operar en el Rhin, al duque de Berwick el de el Delfinado, el del Rosellon al duque de Noailles, y el de Cataluña al mariscal de Bezons. Los aliados tenian tambien otros cinco ejércitos: el de los Países Bajos, que mandaban el príncipe Eugenio y el duque de Marlborough; el del Rhin dirigido por el duque de Hannover; el del Piamonte por el conde de Thaun; el de España, que habia de mandar el conde de Aremberg, y ademas el de Portugal. Unos y otros querian reunir fuerzas enormes en los Países Bajos; los aliados se propusieron aglomerar allí hasta ciento ochenta y tres batallones y trescientos quince escuadrones. Luis XIV. aspiraba á reunir ciento cincuenta batallones y doscientos veinte escuadrones. Ni unos ni otros pudieron completar al pronto tan extraordinario número de combatientes, pero despues uno y otro ejército sobrepasó esta cifra.

No nos corresponde el relato minucioso de las operaciones y movimientos de aquellas formidables masas de guerreros, que en la célebre campaña de 1709 ventilaban con las armas en los campos y ciu-

dades de los Países Bajos la cuestión de la sucesión española á nombre de casi todas las potencias de Europa. Inauditos esfuerzos tuvo que hacer la Francia para el abastecimiento y manutención de tanta gente en país dominado por el enemigo. Grande fué también, y era en verdad bien necesaria, la actividad y consumada inteligencia del mariscal de Villars para defenderse y preservar el territorio francés contra tan superiores fuerzas como eran las contrarias, mandadas por habilísimos gefes acostumbrados á triunfar. Así, aunque reforzado con veinte escuadrones del ejército del Rhin, con los cuales juntaba un total de ciento veinte y ocho batallones y doscientos sesenta y ocho escuadrones, no pudo evitar que la plaza de Tournay, sitiada por Malborough, se rindiera por capitulación al cabo de un mes (29 de julio, 1709), y que al cabo de otro mes se entregara también la ciudadela (1.º de setiembre), donde se habia refugiado el valiente Surville con la guarnición (1).

Dióse despues y á poco tiempo (11 de setiembre) la famosa batalla de *Malplaquet*, ó de Taisnières, cerca de Mons, una de las mayores, mas sangrientas y mas singulares que se habian dado hacia mas de un siglo, por el número de los combatientes, por la obstinación en el ataque y en la defensa, y por la mucha

(1) Memorias militares relativas á la sucesión de España. Piezas relativas á la campaña de Flandes, p. 342.—Macanáz, Memorias, cap. 455.

sangre que se derramó. Perdieron los franceses esta famosa batalla, quedando muertos en ella cinco oficiales generales y otros ocho heridos (1), si bien la pérdida numérica de hombres y de banderas fué mayor la de los aliados, aunque estos quedaron dueños del campo (2). «Causame, señor, gran pena (decia el mariscal de Boufflers á Luis XIV. desde el campo de Quesnoy) que el haber sido hoy gravemente herido el mariscal de Villars me ponga en el caso de ser yo quien os anuncie la pérdida de una nueva batalla: pero puedo asegurar á V. M. que jamás infortunio alguno ha sido acompañado de mas gloria; todas las tropas de V. M. la han alcanzado grande por su distinguido valor, por su firmeza, por su constancia, no habiendo cedido sino á la superioridad del número, y habiendo hecho todas ellas maravillas de valor.» Y así era la verdad, según confesión de los mismos aliados (3).

(1) Los muertos fueron: el mariscal de Chemerault, el baron de Palavicini, el conde de Beuil, el caballero de Croy, y de Steckemberg. Los heridos: el mariscal de Villars, general en gefe, el duque de Guiche, D'Albergotti, De Courcillon, el conde de Augennes, el duque de Saint-Aignan, y el marqués de Nesle.

(2) Tenemos á la vista la relación que publicaron los franceses de esta batalla, y la que publicaron los aliados; aunque ambas convienen en el fondo, varían notablemente en cuanto á las pérdidas de una parte y otra. Infiérense no obstante dos cosas del cotejo de

ambas relaciones; la una, que la pérdida de los aliados no bajó por lo menos de veinte mil hombres; la otra, que no llegó á tanto la de los franceses y españoles. Por lo demas la publicada en Francia dice, por ejemplo: «Nosotros les cogimos treinta banderas y estandartes; ellos no pudieron tomar sino nueve de los nuestros.» Y la de los aliados dice: «Nosotros les tomamos catorce piezas de cañon y sobre veinte y cinco estandartes.» Así de otras circunstancias: aunque muy común en las relaciones de batallas de todos los tiempos.

(3) Las tropas de los aliados celebraron en España el triunfo